

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

25 Cts.

N.º 274



SOMOS
INCOMPATIBLES

POR
Betty Bronson,
Florence Vidor,
Adolphe Menjou, etc.

Filmoteca
de Catalunya

13

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 274

SOMOS INCOMPATIBLES

Deliciosísima producción, interpretada bajo el siguiente reparto:

Jaime Hazlitt. ADOLPHE MENJOU
Anita Hazlitt. FLORENCE VIDOR
Lita BETTY BRONSON
Dr. Dacer Laurence Gray
Mauricio Mansfield André de Béranger
Aurelia Wilton Mary Beth Milford
Margarita Emily Fitroy
Mayordomo William Courtwright

Es una película PARAMOUNT

Distribuida por

SELECCINE, S. A.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
EDMUND BURNS

SOMOS INCOMPATIBLES

Argumento de la película

Los esposos Hazlitt, después de pensarlo mucho, habían acordado separarse. Sus frecuentes desavenencias les obligaban a tomar aquella determinación. Se consideraban incompatibles, chocaban sus temperamentos por la menor cosa trivial. No existían motivos graves que les llevasen a buscar la felicidad, lejos uno del otro, pero las pequeñas rencillas, los ligeros disgustos que no faltan en ningún hogar, les hacían insufrible su vida en común. Y un día en que las cosas llegaron a su colmo, optaron por deshacer su unión. En lo sucesivo, cada uno, a vivir su vida.

Jaime Hazlitt y su esposa Anita llevaban diez y ocho años de casados. Tenían una hija, Lita, una preciosa joven que se educaba en un colegio de la aristocracia y que había sido llamada por sus padres ante la inminente separación.

Aquella tarde, Jaime y Anita en sus respectivas habitaciones estaban atareados arreglando sus bártulos para alejarse de la casa. Anita iba rompiendo paquetes de cartas, dulces esquelas de amor que su marido le había enviado en los lejanos tiempos de noviazgo.

Y a pesar de que iban a separarse, el corazón de Anita no podía ocultar su emoción al leer de nuevo, cartas como esta:

16 de Mayo 1907.

"Queridísima Anita: Tu Jaime está desolado sin ti. Apenas podré esperar hasta mañana. Los minutos se me hacen siglos. Una vez casados, estaremos siempre juntos. Tuyo, Jaime".

¡Cómo cambian los tiempos! ¡Y pensar que aquel Jaime era el mismo que ahora se le había hecho irresistiblemente antipático por su carácter! Rompió la carta con ademán nervioso echándola al cesto de los papeles.

Un retrato antiguo, de Jaime y de ella, hecho una tarde de excursión, cuando llevaban unos meses de casados, encendió en su alma la luz vieja del recuerdo.

Rasgó la cartulina, fué a tirarla al cesto, pero... algo la contuvo. Todavía el pasado tenía poder sobre ella. Juntó los dos pedazos y los volvió a guardar en un cajón.

Un libro, con una dedicatoria de Jaime: "A mi querida esposa: Que tu amor sea tan duradero como el mío", la hizo enternecer. En el fondo, a pesar de todas las luchas, ella amaba a su marido. Y estaba segura de que tampoco él era insensible a aquel cariño.

Tuvo una idea. Fué al cuarto de Jaime donde éste daba los últimos toques a sus maletas, y puso sobre una mesita aquel recuerdo amado. Luego, sin decirle nada, silenciosamente, marchó. Jaime vió la maniobra, cogió el libro y sonrió al leer la dedicatoria. ¡Dulce pasado! Pero, ¿no habían quedado en que eran incompatibles? ¡No, no quería saber nada de su mujer! ¡Tenía un carácter tan extraño! Y volvió el volumen a la habitación de su esposa, dejándolo sobre un baúl.

Anita, atareada con la doncella en los preparativos de marcha, no se dió cuenta de la presencia del ma-

rido. Ella marcharía al día siguiente y aquella noche iría a cenar a un restaurante.

El criado de Jaime, ayudaba a éste en el arreglo del equipaje. Lamentaba en el alma la separación de los esposos. Hallábase convencido de que se querían, y sólo una pequeñez apartaba sus existencias. ¡Si él pudiera evitar aquello!

Cogió el criado una preciosa fotografía de Anita, encuadrada en bello marco, y la guardó en una de las maletas. Estaba seguro de que don Jaime le agradecería aquella delicadeza.

Jaime sonrió al ver el retrato. Se acordaba de que Anita, poseía el de él, del mismo tamaño y marco. Y llevado de repentino sentimiento, como si quisiese borrar el mal efecto anterior, entró en el cuarto de su esposa, vió la fotografía y la escondió en una de las maletas de ella. ¿Le recordaría Anita alguna vez? La mujer, que había salido un momento, no se enteró del gesto amistoso de Jaime.

Cuando ella, descubrió, de pronto, el libro devuelto, su indignación no tuvo límites. Fué a la habitación de Jaime y lanzó el volumen furiosamente al suelo. ¡Hombre estúpido! Y salió, altiva y ofendida.

¡Caramba con el geniecillo! Jaime, vestido de etiqueta y dispuesto a cenar fuera de casa, recogió el libro, y lo hojeó amorosamente. A pesar de todo, amaba a Anita. Pero el orgullo herido, le impedía demostrárselo.

Anita, curiosa, abrió de nuevo la puerta de la alcoba de Jaime, para ver el efecto que le había causado el regalito. Jaime, viéndose sorprendido acariciando las hojas del libro, estrelló éste contra la puerta que Anita se apresuró a cerrar rápidamente al ver la trayectoria del proyectil.

El esposo, disgustado por la insistencia de ella,

sacó el retrato del baúl. Pero, ¿aquel regalo del libro, no significaba, acaso, el deseo de no separarse?

—No voy a necesitar el auto... —dijo, de repente, a su criado—. He pensado quedarme a cenar en casa... solo.

En el fondo, su deseo era permanecer junto a Anita. ¡Quién sabe si aun podría evitarse la separación! Pero, ¡que fuese ella... ella la que se humillara!

Anita escuchó el ruido de un automóvil que se alejaba del jardín y al notar que Jaime continuaba en casa, el mismo deseo de reconciliación, la obligó a suspender, a su vez, su salida.

—He cambiado de idea... —dijo a la doncella—. Voy a quedarme a cenar aquí... sola.

Jaime y Anita abrieron la puerta de su habitación para bajar al comedor. Al coincidir en la maniobra, la cerraron de nuevo, no queriendo descender juntos.

Jaime meditó un momento. ¡El no se humillaba ante su esposa! ¡De ninguna manera! ¡Deseaba cenar solo... completamente solo!

Salió de puntillas y ante la puerta de la habitación de Anita, dió vuelta a la llave. ¡Ahora tendría que pedir auxilio para salir! ¡Que se fastidiase!

Bajó, más que satisfecho, al comedor. ¡Cómo rabiaría su mujer al verse encerrada! Mas, su sorpresa fué grande al encontrarse a Anita ya sentada ante la mesa, cenando, indiferente a todo, y orgullosa como una reina. Antes de que Jaime cerrase, mientras él estaba en su habitación, la esposa había salido de su cuarto.

Se miraron duramente, sin decirse una sola palabra. ¡Tener que cenar juntos!

De pronto, mientras los dos cenaban, lanzándose de vez en cuando, miradas furibundas, Lita, la hija de los esposos Hazlitt entró en el comedor. En el silencio hostil, su voz resonó como una música de oro.

—¡Papá! ¡Papá!

Jaime la abrazó con delirio. ¡Su hijita, su gran amor! No esperaban su llegada para aquella noche, creían estaría allí a la otra mañana.

—Me ha acompañado una profesora — dijo Lita—. Pero, ¿qué ha pasado? ¿Por qué me hizo venir mamá del colegio?

Y seguía abrazando a Jaime. Anita, desde su puesto, reclamaba con los brazos un beso de su hija.

—Lita, ¿no le dices nada a mamá?

—Lita, hija mía, tu mamá y yo vamos a separarnos — atajó el padre.

—Pero... ¡oh, mamá!

Ahora, la chiquilla ingenua, que tenía la gracia cautivadora de los diez y seis años, se acercó a su madre y la llenó de besos—. ¡Mamá, dulce mamá! Pero, ¿quieres explicarme lo que es eso?

—No ha sucedido nada... Absolutamente nada, pero tu papá y yo no nos entendemos. Es lo que los abogados llaman incompatibilidad de caracteres...

Lita les miraba con ojos de asombro. Le parecía que aquello era absurdo. ¡Tan unidos como habían estado siempre papá y mamá! Sentóse a la mesa, en medio de los dos.

—Sí, hija mía — dijo Jaime—. Mi vida va a ser distinta. Voy a hacer un largo viaje por Europa y tú me acompañarás.

—No es posible — exclamó Anita—. Tú, Lita, vas a ir a Reno conmigo...

—Pero, papá, mamá... ¿Cómo es posible que escoja entre los dos?

—Tu obligación es venir conmigo.

—Debes de obedecer a tu mamá...

Alzaban la voz como si fueran a reñir de nuevo. Lita les dijo con aire conciliador:

—Me ponéis en un conflicto. ¿Qué voy a hacer si

os quiero a los dos por igual? ¡Esto es terrible! ¡Os estáis portando como dos chiquillos traviesos!

—Tienes razón... Tu papá es un chiquillo travieso... y no debía haberme casado nunca con él.

—No olvides que fuiste tú la que se declaró cuando nos hicimos novios — dijo Jaime, airado.

Esta vez ella no pudo contener su indignación. Levantóse y respondió:

—De hoy en adelante si quiere usted hablar conmigo lo hará por medio de mi abogado.

Salió del comedor. Lita quedó aterrada. Abrazó a su padre, y le dijo, con el mimo de una hija que quiere brindar la paz:

—Papá, ¿no sería posible encontrar algún jarabe para curaros esa maldita incompatibilidad?

—Hija mía, si tu madre no tuviera ese genio...

Lita vió a mamá que en uno de los corredores, lloraba su pena. Y fué a ella para consolarla con sus ternuras de buena hija.

—Pero, mamá, mamá... ¿Por qué no vivimos todos bien unidos? Yo que querría que fueseis tan felices.

—No es posible. ¡Tu padre! ¡tu padre!

Besaba a su hija como su único amor. Y Lita, en su tierna y dulce juventud pensaba en lo absurdo de aquellas peleas... Eran tan buenos los dos. Entonces, ¿por qué no vivir unidos?

✽

Los buenos deseos de Lita se estrellaron ante la terquedad de sus padres. Estos se separaron. Y como Lita no podía ir a la vez con los dos, optó por regresar al colegio.

Lita simpatizaba mucho con su compañera de cuarto, Aurelia Wilton, una muchacha romántica que estaba loca perdida por los actores de cine.

Una noche después de cenar y antes de meterse en cama, Lita leía un interesante libro que se había traído de su casa y que trataba del divorcio. Porque su gran preocupación era aquella separación de sus padres. Leyó, vivamente interesada, un capítulo que decía:

“Los padres pueden querellarse por cualquier insignificancia, pueden imaginarse que un abismo insondable los separa, pero en el instante en que el menor asomo de peligro amenaza a sus hijos, ese abismo se allana, se arreglan las desavenencias y la ansiedad mutua vence todas las demás preocupaciones. En ese momento se ve que las incompatibilidades de carácter no suelen ser más que una leve dolencia de enamorados”.

¡Era verdad! Meditó un momento sobre lo que había leído. ¡Si ella pudiera salvar a sus padres! ¡Qué gran obra la suya!

Entretanto, su compañera, sentada ante una máquina de escribir, parecía abstraída en la contemplación de unos retratos de Mauricio Mansfield, un actor de cine, por quien ella sentía una gran pasión amorosa.

Aurelia sostenía correspondencia con Mauricio, el actor de innumerables películas románticas, y había recibido, a escondidas de la directora del colegio, varias fotografías de aquel don Juan que no era precisamente un Rodolfo Valentino... ni mucho menos.

La directora del internado hizo aquella noche la acostumbrada ronda por todos los cuartos de las educandas, y al oír sus pasos, Lita, escondió el libro que trataba del divorcio, cogiendo en su lugar uno de estudio, y Aurelia, ocultó precipitadamente, los retratos de su enamorado.

El rostro severo de la directora apareció ante las dos jóvenes. Lanzó una mirada escudriñadora por el

cuarto y no viendo nada anormal, volvió a marchar. Apenas llevaba un minuto fuera, apareció otra vez, por si sorprendía alguna conversación que no armonizara con las órdenes severas del internado, pero las dos muchachas, que conocían el paño, habían guardado la misma correcta actitud.



Meditó un momento sobre lo que había leído.

Cuando oyeron alejarse a la directora, cada una volvió a su dulce ocupación. Lita, a su libro, Aurelia, a sus eternos sueños de muchacha romántica.

Lita, fatigada, cerró el volumen, y acercóse a su amiga que escribía, muy atareada, esta carta:

“Mi querido señor Mansfield: He recibido su atenta carta y sus fotografías, que me han parecido adorables. Me es imposible esperar más tiempo sin conocerle personalmente. Los periódicos dicen que va us-

ted a venir aquí a impresionar una película. ¿Será verdad?

Se paró y contempló con dulce arrobamiento las fotografías del galán, una de las cuales aparecía dedicada por puño y letra del famoso actor.

—¡Oh, Lita! —dijo, volviéndose a su amiga—, ¿crees que Manfield me proporcionará la oportunidad de trabajar en una película?

—¿Por qué no se lo pides en esta misma carta? —respondió ella, riendo.

—Tienes razón.

Y tecleó en la máquina lo siguiente:

“Todas mis amigas me aseguran que tengo grandes facultades para el cine. ¿Me permitirá que lo compruebe en una de sus películas?”

Iba a continuar, cuando se apagó la luz. Era la hora de silencio. La directora había cerrado el contador. Y Lita y Aurelia acordaron proseguir la carta al día siguiente.

Al siguiente día, muy de mañana, comenzaron los ejercicios de gimnasia. Aquel plantel de hermosas muchachas, dirigidas por una profesora, realizaban bellos movimientos rítmicos.

Para una de las alumnas, robusta y enorme como una bola de plomo, la gimnasia era un suplicio.

La profesora le tenía puesto el ojo. La obligó a salir de la fila para que realizase sola los ejercicios, y luego la volvió a su puesto, recomendándole se lanzase sin timidez, moviendo el cuerpo con ligereza.

Pero... la pobre Aurelia recibió las consecuencias. Se hallaba precisamente al lado de la gordísima compañera, y en uno de los ejercicios, ésta perdió el equilibrio, viniendo a caer sobre Aurelia que fué también derribada bajo el formidable peso.

—Ese bólido me ha deshecho el pie —gimió Aurelia.

Fué inútil que intentasen levantarla. Las muchachas la rodeaban compadeciéndola. Llegó la directora. La causante del daño, con aire bobalicón, contemplaba a su víctima. Pudo Aurelia finalmente ser transportada a la enfermería, pero su rostro expresaba la intensidad



—¿Por qué no se lo pides en esta misma carta?

del sufrimiento. Lita quiso seguirla, mas una enérgica mirada de la directora, la obligó a permanecer en su sitio.

Poco después llegaba el médico. Era el doctor Dacer, un simpático muchacho, muy afamado en la región. Examinó cuidadosamente a Aurelia. Poca cosa. Una ligera dislocación de un tobillo. Unos días de descanso, y curada. Pero Aurelia, protestaba al verse sola en la enfermería.

—¡Necesito estar con Lita! —gritó—. ¡No puedo seguir aquí sin ver a Lita!

Se agitó sobre la cama y dejó ver ligeramente el comienzo de la pierna. La directora, pudorosa, corrió a bajar la falda de la joven...

—¡Vaya a buscar a Lita!

—No grite, señorita... Ya voy allá.

La directora abandonó la estancia, después de dar instrucciones a una enfermera que estaría al cuidado de Aurelia y que acababa de entrar trayendo un gran vaso de agua.

El doctor Dacer, se despidió cordialmente de la muchacha y le dijo:

—Eso es cuestión de pocos días. No se preocupe, señorita. Pronto podrá usted correr como antes...

—Gracias, doctor.

El joven abandonó la enfermería y poco después entraba Lita.

—Amiguita, ¿cómo va eso?

—Mejor...

Aurelia para alejar a la enfermera, vació el contenido del vaso en un jarrón de flores y rogó a aquella se sirviera ir por agua. ¡Tenía sed!

Apenas la enfermera desapareció, Aurelia dijo a su amiga:

—Lita, por favor, esconde la carta que escribí a Mauricio Manfield... y las fotografías... Si la directora las encuentra, me expulsarán del colegio.

—No temas... Ahora mismo voy a hacerlo.

Pero espíritu compasivo, no pudo contener sus lágrimas al ver a su amiguita enferma. Y salió, llorando.

El doctor Dacer esperaba en el corredor la llegada de la directora. Vió a la linda muchacha, sumida en desconsuelo, y le dijo:

—No se preocupe, señorita... Su amiguita tiene el mejor doctor que hay en California.

Le entregó su tarjeta que Lita leyó con curiosidad.

—Oh, no llore usted... por favor.

Puso en sus manos su pañuelo, que ella tomó de un modo inconsciente. Sus miradas se encontraron y por primera vez en la vida, Lita sintió que en el mundo existía el milagro del amor. Era una primera impresión muda, un idilio callado y tierno. Por la misteriosa ley de las simpatías humanas, se sentían atraídos como el acero al imán.

Al ver llegar la directora, Aurelia, con el pañuelo en una mano, dejó al doctor, encerrándose en su cuarto.

Ya en él su rostro se aclaró con una alegría nueva. Miró el pañuelo en el que, como una herida roja, brillaba la inicial D. ¡Era simpático el mozo!

Recogió luego los retratos de Manfield y la carta que había dejado Aurelia sobre la mesa.

Llamaron a la puerta, y Lita, ocultando rápidamente aquellos objetos comprometedores en uno de los cajones de su tocador, y guardando el pañuelo en su bolsillo, gritó:

—Pase...

Se miraba a un espejo de mano como si acabara de arreglar su "toilette".

Era una compañera, una muchacha feíta, llena de pecas.

—Hola, Venus — dijo Lita—. ¿Tú aquí? ¿Qué se te ha perdido?

—Tiene usted una visita...

—Voy al momento.

La visita era nada menos que Anita Hazlitt, su madre, que aguardaba en el salón. Pero con la agravante de que pocos minutos después, había entrado en el colegio, Jaime Hazlitt, el papá, quien decía a la directora:

—Acabo de llegar de Europa y como hace seis meses que no he visto a mi hija...

La mujer que conocía la enemistad de los esposos, vaciló un momento, pero luego, invitó a Jaime a pasar al salón.

Jaime y Anita quedaron atónitos al encontrarse frente a frente. ¡Llevaban medio año sin verse, y toparse allí, en el colegio de la hija! Tal vez los dos, en el fondo del alma, se alegraron del encuentro, pero disimulaban con una altivez poderosa.

Anita ocupó una butaca, saludando apenas con una inclinación de cabeza a la cortés reverencia de Jaime. El marido ocupó otro sillón sin decir palabra.

Pero su impaciencia se notaba en los movimientos de sus piés que en vano trataba de evitar. Una vibración interna hacía saltar sus nervios. Por fin rompió el silencio y dijo:

—¡Qué hermoso día! ¿Verdad?

—Sí—respondió fría y cortante, la esposa.

—¿Ha venido usted en automóvil?

—Naturalmente...

—¿Para ver a Lita?

—Naturalmente...

Las respuestas eran secas y duras... Jaime dejó el bastón bajo una mesita que sostenía un jarro de flores y consultó su reloj. ¡Era tarde!

Cogió de nuevo el bastón, y distraído, tumbó la mesita y el jarrón de flores que se hizo añicos.

—¡Siempre tienes que romper algo! — le gritó Anita, rabiosa.

—Yo... ha sido sin querer.

Entró la directora y no pudo ocultar su disgusto, ante lo ocurrido, pero reprimiendo su indignación, dijo:

—No se preocupe usted. Ya me hago cargo de que fué un descuido involuntario.

—Naturalmente, señora...

Le ofreció con cómico ademán las flores recogidas

del suelo. La directora, entre asombrada y risueña, exclamó:

—Gracias, señor. Ahora vendrá su hija.

De nuevo quedaron solos Jaime y Anita. Parecía que en el alma del marido, existía el deseo de una reconciliación, pero ella, desdeñosa, le volvía la espalda, mientras se contemplaba en el espejo de su bolso.

Abrióse la puerta, apareció Lita en el umbral y llamó con un gesto a su padre. Jaime fué al saloncito contiguo y abrazó a su hija:

—Hija mía. ¡Cómo deseaba verte! Estoy tan aburrido...

—¡Qué alegría, papá!

Anita, entró en el saloncito. ¿Es que nada le decía su hija?

—¡Ah, mamá!

La llenó de besos. Tenía junto a ella los dos amores de su vida. ¿Habían venido juntos? Pero pronto la hostilidad de los dos, le hizo comprender la verdad.

Jaime le dijo:

—He proyectado unas vacaciones que te van a gustar... Vamos a ir a Coronado.

—Lita, tú vendrás conmigo a la isla Catalina, recuerda que me lo prometiste — interrumpió la madre.

Comenzaron a discutir violentamente, mientras Lita les contemplaba con pena.

—No quiero que os peleéis por mí — dijo finalmente—. Iré a casa, y si queréis pasar las vacaciones conmigo, allá me encontraréis.

Y huyó, disgustada, casi llorando. Señor, Señor, ¿cuándo acabaría aquello?

—Tú tienes la culpa de todo, de todo... Y yo soy su madre... y tengo derecho a estar con ella — decía Anita.

La discusión duró largo rato. Pero Jaime, cansado

de oír a su consorte, la dejó, como se dice vulgarmente, con la palabra en la boca. Anita, discutiendo, sin mirar a su marido, se dió cuenta, de pronto, de que estaba sola, y furiosa, abandonó el colegio. En el jardín encontröse con Jaime que la miraba desde su



—He proyectado unas vacaciones que te van a gustar. Vamos a ir a Coronado.

automóvil. Y dando orden al suyo de que partiera, bajó la cortinilla para no ver a aquel hombre antipático.

El marido sonrió. Buen coche el de su esposa, ¡caramba!

—Con la pensión que le paso, ya puede darse buena vida — murmuró.

Y subió a su "auto", dirigiéndose al club donde vivía.

Lita, al día siguiente, bajó, disgustada, al jardín.

Lloraba. Con el propio pañuelo del doctor se enjugó sus lágrimas... ¡Ay, sus padres!

El doctor Juan Dacer, al salir del internado, donde había visitado nuevamente a Aurelia, vió a Lita y fué a su encuentro.

—¿Qué tiene usted, chiquilla?

Ella alzó los ojos y se sintió deliciosamente turbada.

—Doctor, ¿por qué son tan liosos mis papás?

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque siempre están riñendo... y sin embargo, estoy segura de que se quieren.

Y con el alma abierta de la juventud, explicó al médico lo que ocurría en su casa.

El doctor, bromeando, dijo:

—Cuando me case, pienso reñir frecuentemente con mi mujer...

—¡No haga usted, eso, por Dios!

Lita explicó que iba salir de vacaciones aquella misma tarde.

El doctor, la propuso:

—¡Magnífico! Vendré a buscarla y la llevaré en mi auto a la ciudad. ¿Qué le parece?

Lita aceptó encantada. Y olvidó su pasada tristeza para soñar junto al médico, irresistiblemente simpático.

—Por cierto... tenga usted el pañuelo que me dejé ayer...

—Guárdelo... en recuerdo mío.

Y Dacer se despidió de Lita hasta la tarde, después de permanecer algún tiempo escuchando sus cautivadoras palabras.

**

Poco después, una de las profesoras descubría en el tocado de Lita Hazlitt la carta y los retratos del actor de cine. ¡Una muchacha del internado en relaciones con un artista! ¡Qué horror!

—Tenemos que hacer un escarmiento — dijo la directora — Voy a expulsar a Lita del colegio...

Lita, ignorante de los propósitos de la directora, marchó en automóvil por la tarde, acompañada de su nuevo amigo el doctor.

Llevaban un buen rato alejados del internado, cuando



—¡Magnífico! Vendré a buscarla y la llevaré en mi "auto" a la ciudad.

do vieron en el campo un numeroso grupo de gentes que rodeaba a varios artistas cinematográficos. Estaban impresionando una película, y Lita, descendió del coche, al reconocer en el galán a Mauricio Manfield, el enamorado de Aurelia.

A pesar de las protestas de su amigo, ella se empeñó en conocer de cerca al hombre que había sorbido el seso a la romántica.

Se estaba filmando una escena de amor y Mauricio

besaba apasionadamente a la heroína de la comedia.

Lita se acercó al grupo, poniéndose en primera fila para ver mejor la escena.

—Esos tenorios de cine me fastidian — dijo Dacer.

Realmente a Lita le pareció bastante ridículo el tal actor, pero, con la instintiva coquetería de la mujer, dijo para darle celos a su amigo:

—¡Pues está estupendo!

Se había acabado la escena y Mauricio sentado en una silla descansaba de las fatigas de la "pose". Lita le contemplaba con ojos fijos, curiosos, y el actor al darse cuenta de aquella observación, la hizo seña de que se acercase. Ella se adelantó. Pero Dacer, conteniéndola, exclamó:

—Vámonos de aquí... No quiero que hable usted con los actores...

Lita se enfadó ligeramente con su amigo por prohibirle hablar con el artista, pero poco después, volvían a hablar íntimamente. Y cuando el médico dejó a Lita ante la puerta de su casa, dijo:

—Tenga presente que ahora es usted mi enferma favorita... Mañana vendré a verla.

—No lo olvidaré...

Lita entró en la casa, alegre y jovial. Su madre estaba allí. Fué a besarla, pero se sintió apartada bruscamente por la dama:

—Lo sé todo... Mira la carta que he recibido del colegio, y estas fotografías de artista.

Sorprendida, la joven leyó:

"Muy distinguida señora: Tengo el sentimiento de participarle que su hija Lita ha sido expulsada del colegio. Las fotografías y la carta adjunta se lo explicarán todo. Soy de Vd. affma. Harrien Barton, Directora."

Lita vió los retatos de Mauricio y la carta que Au-

relia había dirigido al actor. Al encontrar estos objetos en su tocador, creyó la directora equivocadamente que eran de Lita. ¡Maldito error!

—Pero, mamá... Yo quisiera explicarte...

—No hables... Esto es un asunto serio... Hay que decírselo a tu papá.

Por su hija olvidaba sus querellas contra Jaime.

Corrió al teléfono y llamó a su marido al club.

—Jaime, quiero verte en seguida... Han expulsado a Lita del Colegio por tener relaciones con un actor de cine...

—Voy ahí inmediatamente — respondió la voz de Jaime.

—Tu padre viene aquí en seguida — dijo Anita cogiendo el aparato — El dirá lo que hay que hacer contigo.

La muchacha intentó protestar, pero, de pronto, se acordó del libro leído en el colegio. "Cuando algún peligro amenaza a los hijos, los padres olvidan todas sus desavenencias". Oh, ¡quién sabe si Lita sería la causa de que volviera a reinar la armonía entre ellos? ¿Por qué no? Entre tanto por si así fuera, seguiría la comedia, no confesando el error en que incurrió la directora.

Una hora después, Jaime, que por su hija era capaz de todo, entró en su antigua casa. Tuvo que aguardar a que saliese su esposa. ¡Y aquel hogar había sido suyo! Vió su pipa sobre la chimenea y la acarició como un bello recuerdo. Iba a fumar, cuando unos pasos le anunciaron a Anita y volvió a dejarla en su puesto.

Anita se presentó ante él, bella como nunca. Tal vez su hija estuviera en peligro de caer en manos de algún seductor. Y sacrificaba su orgullo por ella, uniéndose a su marido para buscar remedio al mal. ¡Los hijos sobre todo!

Anita dió la mano a su esposo. Este dijo con ojos admirados:

—Nunca te había visto tan guapa, te lo aseguro.

Ella sonrió, halagada. Y le mostró las fotografías del galán del cine y la carta sin terminar, dirigida a éste. Llegó Lita, quien pretendió justificar su conducta.

Pero la madre, indignada, hablaba nerviosamente de la necesidad de imponer un severo correctivo a la muchacha. Varias veces quiso Jaime leer la carta, pero los gritos de su esposa se lo impedían.

—¿Cómo voy a enterarme de lo que leo si no te callas? — le dijo una vez.

—Eres el mismo de siempre — respondió ella, ofendida.

Por fin, Jaime pudo leer la carta y ver los retratos. Sonrió. No le parecía aquello tan grave.

—Tu deber de padre es hablarle a ese actor y echarle en cara que trata de cazar el dinero de tu hija.

—Por Dios, papá... ¿Cómo vas a decirle eso si no sabrá de que le estás hablando?

—La culpa no es de Lita — respondió el padre—. Es de la directora del colegio por falta de vigilancia.

—Tú escogiste ese colegio — contestó la esposa.

—¡Claro! ¡Yo siempre tengo la culpa de todo!

—¡Tú, que no te has cuidado de ella!

Volvió a agriarse la discusión hasta que Lita dijo, casi indignada:

—Si no os podéis poner de acuerdo, ¿por qué os molestais en preocuparos de mí?

Esta reconvencción pareció molestar a Anita. Y cogiendo del brazo a su hija, con cierto amor inconsciente, respondió:

—Separados o no, seguimos siendo tus padres. ¡No lo olvidéis!

—Pues, si sois mis padres, ¿por qué no os portáis como tales?

Y antes de que ellos pudieran responder, Lita salió de la habitación. ¿Conseguiría ella la reconciliación esperada?

La lección de la niña no cayó en saco roto. Jaime volvió a ver las fotografías y dijo:

—No tengas miedo. Esta cara no es de peligro...

—Sin embargo... parece interesante, simpático.

—¿De dónde has sacado esa tontería? ¡Es un hombre ridículo!

—No lo creas. Hay que hablarle. Si tú no lo haces, lo haré yo.

—¡Eres como todas! — rugió él—. ¡Estais locas por los artistas de cine!

Y tirando los retratos al aire, abandonó la casa. Anita, impresionada, se preguntó qué significaba el repentino impulso de su marido. ¿Celos?

Al siguiente día, el actor Mauricio Mansfield, se presentaba en casa de Anita, llamado por ésta.

Pronto se adivinaba que Mauricio era, fuera de la pantalla, un hombre insignificante, nada peligroso, por cierto, pero engréido por las cartas recibidas de algunas mujeres románticas. Además se creía famoso actor.

Anita le mostró las fotografías y Mauricio pensó hallarse ante una de sus admiradoras.

—¡Ah, mi mejor papel! — dijo contemplando un retrato—. ¿Se acuerda usted de aquella escena en que yo...?

—No le he visto a usted nunca en la pantalla, señor Mansfield. Pero dígame usted si conoce esa carta.

Le entregó el borrador que Aurelia había hecho una noche en el internado.

—Rara vez veo los millares de cartas que me di-

rigen mis admiradoras... Mi secretario se encarga de leerlas. Solamente contesto a las que me escriben mujeres inteligentes como usted.

—De lo que deseo hablar con usted, es de lo sucedido con mi hija.

Le enseñó el retrato de la muchacha, y Mauricio, sinceramente, respondió:

—Encantadora criatura... Pero le aseguro a usted que no la conozco.

Anita se convenció de que aquel hombre decía verdad. ¡Bah! ¡Aprensiones de la directora! ¡Una tontería de muchacha!

—Le juzgué a usted mal, señor Mansfield. Le ruego acepte mis excusas quedándose a tomar el te conmigo.

Mauricio aceptó, encantado.

Entretanto, en el Club, Jaime, escribía varias cartas a Anita para pedirle perdón por su violencia. Pero no terminó ninguna. Estaba nervioso. Llamó por teléfono para excusarse, pero volvió a dejar el aparato. Mejor era ir personalmente a casa.

Lita, prosiguiendo el plan para reconciliar a sus padres, escribió en el dorso de la tarjeta que le diera en el internado el doctor Dacer, estas palabras:

“Vuestras disputas me han llegado al corazón. Adiós para siempre.”

La dejó sobre su cama y marchó con sigilo, dirigiéndose a casa de su amigo el médico. Quería aconsejarse de él, deseando le ayudara en sus proyectos.

—¿Está el doctor Dacer? — preguntó a una enfermera.

—No, el doctor no regresará hasta la noche... muy tarde.

—Le esperaré.

Se sentó tranquilamente en una butaca, ante la extrañeza de la enfermera. ¿Qué querría aquella joven?

Anita, comenzaba a arrepentirse de haber llamado

a Mauricio. Este actor, que indudablemente estaba medio loco, reconfortado ahora por el buen te con pastas, comenzó a explicarle sus triunfos en el cine.

—Mire usted, señora. Voy a hablarle de mi último triunfo artístico "Amor brutal".

Se levantó y con grandes gestos, dijo:

—En la película hay tres grandes personajes principales. El sinvergüenza... una mujer hermosa... como usted... y un servidor... por supuesto, mi papel es el de héroe. Los otros no me van.

Anita estaba impaciente. ¿Cuándo se iría aquel maniático?

—Entramos en escena...

Y Mauricio Manfield, espantosamente ridículo, comenzó a interpretar su papel a lo vivo. Con grandes movimientos figuró haber sorprendido a su mujer con el sinvergüenza, repartir después al aire una serie de bofetadas, y finalmente, desafiarse en el campo del honor, y caer herido por la bala del adversario. Con tanto verismo representó al personaje que, haciendo grandes aspavientos, como si realmente estuviese herido, se arrodilló ante Anita, y con la mano sobre el corazón, pareció suspirar la última declaración amorosa. Luego, con los ojos en blanco, reclinó la cabeza en uno de los brazos de la butaca y quedó como muerto.

Anita le miraba, entre divertida y horrorizada. ¡Qué hombre! ¡Loco de remate!

Pero, en aquel instante, Jaime llegaba a la casa e iba a entrar en el salón, cuando vio al actor en tan extraña actitud, junto a Anita. Despechado salió de allí precipitadamente.

¿De modo que Anita se había salido con la suya? ¿Y que haría arrodillado aquel imbécil?

Por fin, Mauricio se levantó y dijo, con aire de triunfo:

—¿Ha notado usted con qué realismo interpreto mis papeles?... Ahora voy a representarle la escena culminante de la producción que estamos filmando.

—Prefiero esperar a verla en la pantalla — dijo ella, finamente.

—Como usted quiera. Pero haga el favor de leer lo que el famoso crítico Alan dice acerca de mí.

Le mostró un recorte de periódico y luego otro, escondiendo precipitadamente algunos donde su fama de artista no quedaba en muy buen lugar.

Anita estaba desesperada. Por fin, Mauricio se despidió de la dama, asegurando que había pasado un rato delicioso. Cuando salió, creyó Anita volver a vivir. ¡Qué hombre tan pegajoso y ridículo! Pero, gracias a él, había comprendido que el "flirt" de su hija era insignificante...

Unas horas después, la enfermera del doctor Dacer, se dispuso a abandonar la casa.

—A veces el doctor no regresa a casa hasta el día siguiente, señorita — dijo extrañada, a Lita, al ver que llevaba ya varias horas sin moverse de allí.

—No importa. Esperaré...

—Como usted quiera — dijo, extrañada.

Y marchó. Lita estaba dispuesta a permanecer allí aunque fuera toda la noche. Comprendía que de este modo, obligaba a sus padres a preocuparse de ella. Y recordando lo leído en el libro, se decía que, al ver en peligro a la hija, borrarían las desavenencias, no haciéndose esperar la reconciliación. Al no encontrarla en casa, el amor a su hija, les uniría con estrechos lazos.

A las doce, llegó el doctor Dacer, pero sin entrar en su despacho, donde estaba sentada Lita, se dirigió directamente a su habitación. Se encontraba fatigado y deseaba dormir. En el colegio, al efectuar la visita de Aurelia le habían enterado de la expulsión de Lita.

Lita, comiendo cacahuets mataba el tiempo. No oyó al médico. Esperaba se hiciera de día para marchar.

Entretanto, Anita, lloraba desesperadamente. ¡Su hija no estaba en casa! Era ya media noche y no había vuelto a aparecer! Había llamado a su marido ante la gravedad de la situación.

Jaime llegó a las doce. Quería borrar todo enfado anterior, preocupado por la misteriosa desaparición de la muchacha.

—Recibí tu aviso estando en el club y en seguida fuí a dar parte a la policía... Si la encuentran, me telefonarán inmediatamente.

Se paseaba nervioso. Encendió la pipa que desde lejanos días estaba abandonada sobre la chimenea, y Anita llenó de tabaco una labrada caja destinada a tal efecto.

Parecían olvidar su antigua separación; la pérdida de la hija les obligaba a unirse, buscando su compañía y su consuelo. Los dos olvidaban su incompatibilidad para pensar en lo que ambos adoraban.

—Habrás sido el actor — dijo Jaime, de pronto.

—¡Ridículo! Mauricio Mansfield es casado... y tiene tres hijos. He hablado con él.

—Pues, ¿ha estado algún otro hombre en casa? — gritó, sulfurado de nuevo, por los celos, el esposo.

—A ver a Lita ¡no!

El mayordomo entró en el salón y entregó a la señorita una tarjeta.

—He encontrado esto en el cuarto de la señorita.

Los esposos leyeron la tarjeta escrita por Lita y el nombre y la dirección del médico. ¡Ah! ¿se habría escapado con aquel doctor?

Telefonaron a casa de Dacer. Este despertó sobresaltado al escuchar el timbre del teléfono, puesto

sobre su mesita de noche. Creyó soñar al escuchar que reclamaban a Lita.

—Su hija no está aquí, señor mío — contestó, malhumorado.

Desde el despacho, a Anita le pareció escuchar el lejano sonido de un timbre. Y viendo otro aparato telefónico en una mesa, lo aplicó al oído y sorprendió la conversación.

—En el colegio me dijeron que la habían expulsado... Es muy posible que se haya escapado con aquel tenorio de cine — dijo el médico.

Los Hazlitt quedaron inquietos. ¿Dónde estaría, pues, Lita? ¡Ah, la dolorosa incertidumbre!

Lita había vuelto a dejar el aparato, y se sentía alborozada. Al parecer, el médico estaba ya en su habitación. Y los padres de ella, buscándola, inquietos. ¡Bah, aquel dolor produciría indiscutiblemente su reconciliación. Al siguiente día, ella lo aclararía todo!

El doctor Dacer, desvelado, quiso fumar su pipa, y recordó que la tenía en la bata que acostumbraba ponerse para las horas de consulta. Fué a su despacho. Lita oyendo pasos, se refugió tras unos vestidos. No quería que la viesen ya a aquella hora.

Por suerte, la habitación estaba casi a oscuras, sin otra luz que la que venía de la calle. El doctor puso los pies descalzos sobre las cáscaras de cacahuets, que Lita había ido dejando caer al suelo, y sufrió horrores. Demonio, pero, ¿qué había comido la enfermera?

Después de coger la pipa, regresó a su cuarto, no sin tropezar de nuevo con las malditas cáscaras.

Lita se dejó caer en una butaca y quedó dormida.

Las horas de aquella noche fueron de honda incertidumbre para los dos esposos Hazlitt. El cansancio rindió finalmente a Anita, quien reclinóse en un diván. Jaime fué a arroparla cuidadosamente, sintiendo de

nuevo por ella el amor de los viejos tiempos. Los dos sufrían lo mismo. ¡Ay, los hijos!

Al siguiente día, el médico Dacer fué a su despacho. Vió, de pronto, que del respaldo de una butaca, salían dos brazos que se movían perezosamente. Una figura de mujer apareció ante él, todavía soñolienta. Lita.

—Pero, ¿qué hace usted aquí? — rugió el joven, sorprendido.

—Ayer vine a verle, y, sin poderlo remediar, me quedé dormida — contestó riendo.

La situación del médico era angustiosa.

—¿No comprende usted que me ha metido en un compromiso terrible, que ha arruinado mi reputación y mi carrera?

Ella sonreía arreglándose su sombrero ante un espejo.

—¿Sabe usted lo que tendré que hacer ahora? — dijo él.

—¿Qué?

—¡Pues tendré que casarme con usted!

Lita hizo un gracioso movimiento de alegría. ¡Con lo que le gustaba aquel chico! Pero, respondió con aire ofendido:

—No me casaría con usted aunque no hubiese otro hombre en el mundo...

—Esto es horrible. Y sus padres preguntando por usted. ¡Estúpida!

Lita casi rompió a llorar. ¿Así le trataba el hombre que ella quería?

—Mis padres riñeron por mí y yo vine a verle a usted para que me diese un consejo, para que me consolase... y usted no ha sabido comprenderme.

—Pero, Lita... es que usted no sabe...

Apareció la enfermera y no pudo contener su asombro al ver allí a la muchacha.

El médico, queriendo explicar su situación, dijo:

—Le presento la señorita... Hazlitt...

—Ya la conozco... Anoche la dejé aquí.

El doctor estaba atolondrado. Para aclarar su situación, dijo:

—Es mi prometida... y pensamos casarnos pronto.

—No es cierto — dijo Lita con uno de sus acostumbrados desplantes —, no pensamos casarnos.

La enfermera levantó los hombros. ¡Qué mundo! ¡Qué cosas se ven! Y salió a cambiarse de traje.

—Voy a acompañarla a su casa — gritó, exaltado el doctor —. Es usted una chiquilla.

Y la cogió violentamente por un brazo, obligándola a salir de la habitación. ¡Estúpida!

Cuando llegaron a casa de los padres, Jaime, que había pasado la noche en una butaca, esperando noticias de la policía, corrió a abrazar a su hija. La madre se presentó también, apretando contra su corazón a la muñeca adorada.

Pero, pasado el primer transporte de júbilo, Jaime se fijó en el doctor que serio y grave esperaba cerca de la puerta.

—Mi amigo... el doctor Dacer — dijo, Lita, alegremente.

Estaba contenta. Le parecía que papá y mamá se trataban bien. ¡Ay, si fuera verdad su unión!

—Hasta hace unos minutos no he sabido que Lita estaba en mi casa — dijo el médico, excusándose.

Lita explicó que disgustada con sus padres, había querido abandonar su casa yendo a buscar al doctor.

—Si usted hubiese sido un padre como deben ser los padres, no hubiera pasado esto — gritó el médico

—Si alguien tiene la culpa de todo, soy yo... no mi mar... el señor Hazlitt — dijo Anita, adelantándose, como si al censurar a su esposo, hirieran su corazón.

—Y tampoco usted se ha portado como una madre.

—Joven, poco a poco. La señora Hazlitt es una es-

po... una madre como hay pocas. Yo soy el culpable de todo — gritó él, intentando defender a su esposa.

—La culpa de todo la tienen sus tonterías, que no les dan tiempo para ocuparse de su hija.

Aquellos violentos reproches aturdían a los esposos. Lita salió al jardín. ¡Oh, estaba alegre! La actitud



...la cogió violentamente por un brazo...

de papá y mamá, defendiéndose mutuamente, le decían que pronto sería un hecho su reconciliación... Además, ¡ella era bien inocente de todo! Y si le obligaban a casarse con el médico, no le importaba, era su primer amor, su ilusión juvenil.

Vió el coche de Dacer y subió a él. Aguardaría...

Dacer abandonó la casa después de decir a los esposos:

—De todos modos, si me necesitan ustedes, ya saben mis señas...

Jaime y Anita quedaron solos, avergonzados, acusándose de haber sido los responsables de todo aquello. Y ahora cada uno veía las virtudes del otro. ¡Ah, las pequeñas incompatibilidades! ¿Por qué no dejarlas a un lado y vivir unidos para el amor y el cuidado de los hijos?



—Ya no nos separaremos nunca. No nos pertenecemos a nosotros mismos, sino a nuestra hija...

Jaime subió lentamente la escalera. Estaba desolado. ¡Si Anita le perdonara su abandono!

—El doctor Dacer tiene razón... Deberías darle una satisfacción — dijo ella.

—Sí... sí...

Ya marchaba, con la cabeza inclinada y sin atreverse a manifestar que el amor volvía a su pecho, cuando Anita le gritó, aturdida por los mismos sentimientos y sin poder contener la voz de su corazón:

—¡Jaimito...!

El se volvió rápidamente y tropezó con un jarrón lleno de flores que se hizo añicos.

—No te preocupes — dijo ella, sonriendo—. Ya me hago cargo de que fué un descuido involuntario.

—¡Anita!... Perdóname... Nos han dado una lección. Ya no nos separaremos nunca. No nos pertenecemos a nosotros mismos, sino a nuestra hija.

Y se abrazaron, desbordantes de felicidad.

*

Y en el jardín, el doctor, al ver a Lita en su coche, la sacó en brazos. Pensó que era su primer amor, una mujercita buena, y olvidando su rencor, la abrazó y besó, mientras murmuraba dulcemente a su oído:

—Lita, ¿quieres ser mi esposa?

Ella le respondió, en silencio, besándole...

FIN

Próximo número:

LA SEÑORITA EMOCIONES

por

ANTONIO MORENO, BEBÉ DANIELS, etc.

Postal-fotografía-regalo: LILÍ DAMITA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles

Precio: 25 céntimos

¡ SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS !